El aplauso para quien no hizo el chiste

Por Shyvirelle

Comedia breve para tres intérpretes.

Reparto

LUCÍA. Hermana mayor. Interpreta a la encargada de una oficina imaginaria. Precisa, rápida y cada vez más cansada de los cortes.

TEO. Hermano menor. Interpreta a un cliente que quiere conseguir un turno para hablar. Ingenioso, pero no le gusta que le expliquen sus chistes.

NORA. Directora del ensayo. Controla el aplauso final; está convencida de que la reacción del público puede ensayarse antes que la frase.

Duración y espacio

Duración orientativa: 7–9 minutos, con las pausas y repeticiones indicadas. Escenario despejado. Dos sillas; una hace de mostrador imaginario y la otra sirve para dejar el cuaderno. Una marca discreta en el suelo fija el lugar de NORA, a un costado. No hay más intérpretes, voces externas ni grabaciones.

Utilería

Un cuaderno con el guion y dos sillas. Las palmadas son reales y las da quien indique la acotación. En el final, LUCÍA y TEO aplauden sin pedir que el público los acompañe.

Escena única

(NORA está a un costado, inmóvil sobre su marca, con el cuaderno abierto. LUCÍA y TEO entran por el mismo lado, colocan una silla de frente como mostrador y la otra detrás, sin impedir la vista. Se toman un segundo para respirar.)

NORA. Hoy lo dejaremos listo. El público debe saber exactamente cuándo aplaudir.

LUCÍA. ¿Antes de escuchar el chiste?

NORA. Justo antes de la última frase. Así lo recibirá preparado.

TEO. Preparado para lo que no ha oído.

NORA. Eso es dirigir. No dejen que el final les caiga encima como una maceta.

LUCÍA. Mi última frase es una respuesta. Si aplaudes antes, me quedo sin respuesta.

NORA. Te quedas con una respuesta muy celebrada. Posiciones.

(TEO se coloca frente al mostrador. LUCÍA se sienta detrás. NORA no abandona su marca. Se marca un breve silencio.)

TEO. Buenos días. Vengo a pedir un turno para hablar.

LUCÍA. ¿Tiene cita?

TEO. No. Si tuviera cita, ya habría tenido que hablar para pedirla.

LUCÍA. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

TEO. En silencio. Fue agotador.

LUCÍA. Le daré un número. Cuando lo llamen, podrá decir lo que quiera.

TEO. ¿Quién va a llamarme?

LUCÍA. Yo.

TEO. ¿Y usted tiene turno para hablar?

(LUCÍA abre la boca. NORA aplaude tres veces, con energía. LUCÍA queda congelada con una mano levantada. TEO mira el cuaderno.)

NORA. ¡Eso! ¡Ahí! ¿Han visto cómo sube?

LUCÍA. Lo único que ha subido es mi mano.

TEO. Y se ha quedado esperando como una lámpara rota.

NORA. El público se reirá al reconocer la situación.

LUCÍA. No puede reconocer la situación si no escucha lo que contesto.

NORA. Lo entenderá por tu cara.

(LUCÍA mantiene la mano en alto y compone tres caras muy distintas: sorpresa, enfado, sueño. Silencio corto entre cada una.)

TEO. Tu cara acaba de contar tres historias. Ninguna es la que ensayamos.

NORA. El teatro es visual.

LUCÍA. Y audible. La última frase también tiene palabras.

NORA. La última función del centro vecinal terminó con cuatro segundos de silencio. Cuatro. Desde mi sitio vi cómo todos pensaban que los actores se habían olvidado del final.

TEO. ¿Y se lo habían olvidado?

NORA. No. Era una pausa escrita en el guion. Pero nadie sabía que debía esperar. Por eso ahora quiero que cada final tenga una señal clara.

LUCÍA. Entonces necesitamos una señal que llegue después del final, no antes. Los actores también podemos estar cuatro segundos callados sin habernos perdido.

TEO. Yo puedo estar seis. Lo hice el martes cuando me preguntaron quién se había comido la última galleta.

LUCÍA. Te la comiste tú.

TEO. ¿Ves? El silencio funcionó. Dejó tiempo para descubrir la verdad.

NORA. Descubrir la verdad no siempre es gracioso, sobre todo si uno ha pagado una entrada.

LUCÍA. Nadie ha pagado todavía. Estamos ensayando.

NORA. Precisamente. Ahora puedo corregirlo sin que nadie pida que le devuelvan su galleta.

TEO. Su entrada.

NORA. También.

NORA. Las palabras son importantes, claro. Pero el aplauso indica el cierre.

TEO. ¿Por qué no esperamos a que cierre?

NORA. Porque si esperamos, será tarde. El silencio crecerá y alguien toserá.

LUCÍA. Aquí solo somos tres.

NORA. Una tos imaginaria puede arruinar una noche real. Otra vez, desde la mitad.

(TEO toma aire y vuelve a la posición de cliente. LUCÍA baja por fin la mano.)

TEO. ¿Quién va a llamarme?

LUCÍA. Yo.

TEO. ¿Y usted tiene turno para hablar?

(NORA levanta las manos. LUCÍA hace una pausa deliberada y la mira. NORA, incapaz de esperar, aplaude dos veces. LUCÍA se levanta, da un paso como si fuera a responder y queda con la palabra en la boca.)

LUCÍA. Ahora ni siquiera he tenido tiempo de hacer la cara.

TEO. Puedo poner una silla donde estaba tu reacción. Por lo menos quedará algo.

NORA. No se desanimen. Estamos buscando el ritmo.

LUCÍA. Llevamos veinte minutos persiguiéndolo y cada vez que lo alcanzo tú le das palmadas.

NORA. Las palmadas son una señal, no una interrupción.

TEO. Si alguien me pisa el pie, también puede llamarlo señal. El pie sigue debajo.

LUCÍA. Probemos algo. Yo haré de público y no diré ninguna palabra. Teo, solo tienes que cruzar la sala y detenerte frente a mí.

(TEO se aleja unos pasos. LUCÍA se gira hacia él. NORA permanece en su marca.)

TEO. Es la escena más fácil que he interpretado. Ni siquiera necesito aprenderme un texto.

(TEO comienza a caminar. Cuando está a medio camino, LUCÍA da tres palmadas. TEO deja un pie suspendido y una expresión exageradamente solemne.)

NORA. ¿Por qué te has detenido?

TEO. Porque me han aplaudido por terminar el camino. Si doy el último paso, ¿qué hago con el premio?

LUCÍA. Ahora termina.

(TEO baja el pie, da el último paso y espera. LUCÍA aplaude una sola vez.)

TEO. Gracias. Ese segundo aplauso sí estaba en el sitio correcto. Aunque me ha parecido bastante pobre.

NORA. Una cosa es caminar y otra un chiste. El remate no se ve antes de decirlo.

LUCÍA. Eso es exactamente lo que estamos intentando explicarte.

NORA. El problema es que ustedes esperan un momento perfecto. Ese momento no existe.

LUCÍA. Existe entre una pregunta y su respuesta.

NORA. Entonces hagamos algo. Teo, termina tú la escena. Lucía, no te defiendas. Solo escucha.

TEO. ¿Cómo termino sin saber qué dice ella?

NORA. Improvisa.

(TEO examina la silla, como si fuera un aparato complicado.)

TEO. Señora, he venido por un turno para hablar y parece que su oficina vende silencios usados. ¿Tiene alguno nuevo?

LUCÍA. *(Sin dejar su puesto.)* Los nuevos se agotan cuando se anuncia que han llegado.

TEO. Entonces lléveme dos de los usados.

NORA. *(Aplaude de inmediato.)* ¡Excelente!

TEO. Acabas de comprar los dos.

(NORA deja las manos separadas, sorprendida. LUCÍA y TEO sostienen una pausa suficiente para que la réplica se entienda.)

NORA. Eso no estaba en el cuaderno.

LUCÍA. Era la primera vez que alguien me dejaba terminar una frase.

NORA. No exageres. Yo dejo terminar frases todo el tiempo.

TEO. Incluso acabas de terminar una tuya. Felicidades.

NORA. *(Consulta el cuaderno.)* La frase final que ustedes escribieron es: «¡Déjenme terminar!». No es tan graciosa como la anterior.

LUCÍA. Es mi respuesta al cliente. Él pregunta quién tiene turno para hablar y yo protesto porque nunca me dan uno.

TEO. En la primera versión, yo contaba el chiste y ella reaccionaba. Luego añadimos una última frase para que la escena cerrara con fuerza.

NORA. Pues esa última frase es la que quiero proteger con el aplauso.

LUCÍA. Pero, si tú aplaudes antes, yo protesto por un motivo real. Y cuando por fin me dejas hablar, el motivo ha desaparecido.

(TEO mira a NORA, que sigue en su marca con las manos listas. Se le ocurre algo. Se acerca a LUCÍA sin susurrar, de modo que el público pueda oír.)

TEO. Lucía, el chiste no estaba escondido en nuestras palabras.

LUCÍA. Estaba en el turno. Llevamos toda la tarde viendo cómo alguien impide acabar y luego dice que no interrumpe.

NORA. Si hablan de mí, estoy aquí. No soy un mueble.

TEO. Precisamente. No cambies de sitio. Hagámoslo una última vez, pero con una regla: nadie se adelanta a la frase de otra persona.

NORA. ¿Ni siquiera yo?

LUCÍA. Sobre todo tú.

NORA. Bien. Me quedaré donde estoy. ¿Y el aplauso?

TEO. Lo escucharás al final. El que haga el chiste debe tener un instante para recibirlo.

(TEO y LUCÍA vuelven al mostrador. NORA permanece sobre su marca. Esta vez ambos hablan con calma, como si fuese una función ante público.)

TEO. Buenos días. Vengo a pedir un turno para hablar.

LUCÍA. ¿Tiene cita?

TEO. No. Si tuviera cita, ya habría tenido que hablar para pedirla.

LUCÍA. Le daré un número. Cuando lo llamen, podrá decir lo que quiera.

TEO. ¿Quién va a llamarme?

LUCÍA. Yo.

TEO. ¿Y usted tiene turno para hablar?

(LUCÍA abre la boca y mira a NORA. Esta alza lentamente las manos, como si fueran a aplaudir por costumbre, pero las detiene a unos centímetros. La pausa dura dos segundos. LUCÍA mira a TEO y, en vez de pronunciar su frase, señala con la mirada a NORA.)

NORA. *(Todavía sin moverse de su marca, descubre que los dos esperan. Abre el cuaderno, lo cierra y deja caer los brazos.)* ¡Déjenme terminar!

(TEO y LUCÍA, después de un instante claro de reacción, aplauden con las manos. NORA mira sus propias manos quietas. Sonríe sin añadir palabras. Los tres salen por el mismo lado.)